como llaman los zapatistas a sus huestes no regulares, está representada por su Brigada Hacha, unos 200 chavos armados, salvo excepciones. La mayoría viste uniforme, algunos su ropa del diario. Hacia el final del contingente saludan varios jóvenes; a falta de armas, con la mano izquierda vacía, pero indicando que la tienen disponible. Todos llevan cubierto el rostro con paliacates, salvo algunos que de manera deliberada se descubren.

Suenan extraños tantos pasos uniformes y marciales sobre tierra sin asfalto. Compiten con los murmullos crecientes de la selva, chirriadero de grillos y otras alimañas. Lo que estamos viendo un medio centenar de periodistas es la demostración pública más numerosa de un autodenominado "ejército" campesino, después de la toma de San Cristóbal el primero de enero. Una gran bandera nacional ondea a un flanco del estrado donde miembros del CCRI, del mando militar del EZLN y los músicos que acompañarán la ceremonia, todos de pasamontañas, presiden el acto.

Las masas en el campo son por un lado muy pequeñas contra el escenario donde se congregan (la sierra, la selva, la montaña, los valles, y por otro lado impresionantes, debido al mero hecho de su existencia y número. Pero hasta ahora estas concentraciones no solían constituir desfiles armados. Los trescientos o cuatrocientos zapatistas dan la vuelta al pueblo, la caballería montada al final, y regresan. Ocupan la esquina del país donde dan vuelta el pueblo y el aire. Un grupo de niños de diez a doce años, el rostro tan cubierto como el de los demás, camina hacia el presídium; el subcomandante Marcos, quien ha dirigido el desfile, recibe de los niños una bandera doblada y la entrega al CCRI.

En el público hay madres con su bebé al hombro bien metido en un pasamontañas tamaño infantil y grupos de niñas y adolescentes muertas de risa.

La concurrencia canta el himno nacional. "Mexicanos al grito de guerra", que se escucha como un murmullo más de la selva, y luego entonan el himno zapatista acompañados por el acordeón y las cuerdas rasgadas en tachún-tun-tun-tun. Más que himno, resulta un canto popular campesino, suave versión de carabina 30-30. "Ya se mira al horizonte/combatiente zapatista/el camino marcará/ los que vienen más atrás./ Vamos, vamos, vamos, adelante/ para que salgamos de la lucha avante/ porque nuestra patria grita y necesita/ de todo el esfuerzo de los zapatistas.

A la manera de otras culturas indígenas, como los huicholes, estos pobladores de la selva consideran llevar sobre sus hombros la responsabilidad del mundo, sólo que a diferencia de otros no asumieron formas rituales, sino un levantamiento en armas que se ofrece en sacrificio. ¿Fiesta o antesala del matadero?

¿Podrán el gobierno y el Ejército nacionales golpear a estos jóvenes, en una especie de Tlaltelolco magnificado, una plaza Tienanmen rural a la mexicana? ¿El hecho de que hayan empuñado las armas basta para convertirlos en enemigos y reos de muerte, como en los viejos tiempos del Leviatán paranoico?

¿No podrán convertirse en interlocutores? Eso quieren, sólo que consideran que serán escuchados y seguidos a partir de su sacrificio. También se autodenominan "semilla": "Hombres, niños y mujeres/ el esfuerzo siempre haremos.../ Ejemplares hay que ser/ y hacer una consigna,/ que es vivir por la patria o morir por su libertad./ Vamos, vamos, vamos, adelante..."

En otras comunidades de la selva se celebran ahora fiestas similares: quizá ésta sea la más solemne, y la única pública. Una demostración de fuerza.

Saúl caminó con otros ochenta milicianos de su comunidad un día entero para llegar aquí y lo primero que acepta es un cigarro. Hacía semanas que no veía ninguno.

A lo lejos suena un avión. Nadie entre los presentes omite escucharlo. Tres oradores, miembros del CCRI, se dirigen a la concurrencia civil y militar en lenguas mayenses, donde se distinguen algunas palabras en castellano: "Emiliano Zapata, mero valiente, la paz lucha, *mero lee* es pueblo, rudas expresiones contra el gobierno. En tzotzil, otro orador habla de los enfrentamientos de enero y la disposición del EZLN para tomar nuevamente las armas. (Bueno, las armas están tomadas, Lo reitera la presente celebración.)

Un tercer hablante menciona las demandas que enarbola el EZLN.

Después el subcomandante Marcos lee tres comunicados, uno dirigido a los manifestantes que se deben estar concentrando en el Zócalo de la capital en estos mismos momentos. Imaginar un mensaje así de aguerrido en el mero Zócalo resulta algo escalofriante. Otro mensaje, que alude a los pueblos de México y el mundo, y a la prensa, explica líricamente los motivos del alzamiento zapatista.

Un tercer comunicado, ya bajo dominio de la sintaxis y el código mental maya, se dirige a los mismos de antes y les revela quien está detrás suyo: "Hermanos, queremos que sepan quién está detrás nuestro, quién nos maneja, quién camina en nuestros pies, quién nuestro corazón domina, quién cabalga en nuestras palabras, quién vive en nuestras muertes. Queremos que sepan ya la verdad hermanos y es así. Votán Zapata, Guardián y corazón del pueblo:.

Ajá. Ahora ya sabemos cómo se llama el inspirador de esto. Un tal Votán Zapata de dudosa identidad y procedencia, pero que para el Ejército Zapatista resulta *mero lec*, bandera que da nombre a la voz: "Esta es la verdad, hermanos. De ahí venimos. Para allá vamos. Estando viene. Muriendo la muerte vive. Votán Zapata, padre y madre, hermano y hermana, hijo e hija, grande y pequeño, nosotros, viniendo estamos...

La disputa por Zapata de pronto ya no tiene sólo valor simbólico. En este sitio de la selva, el CCRI ratifica la suspensión de los procesos de consulta para la paz. Hace pocos días un finquero asesinó a un representante zapatista e hirió a otro en el municipio de Altamirano. Mientras no existan condiciones, los zapatistas se mantendrán en alerta roja. "Nunca la estrella única; una más sí, la más pequeña".

Los cerros gritan de altos. El mayor Benito, que perdió un ojo en la toma de Ocosingo, lee un mensaje a los combatientes. Como en 1919, afirma, la tierra no es de quien la trabaja.

Una manta, pequeño museo lleno de fotocopias, exhibe imágenes de Zapata en las buenas y en las malas, en Palacio Nacional con Villa y el cadáver ensangrentado en Chinameca. Imágenes de la toma de San Cristóbal, de los comandantes y la tropa, del sub Marcos.

La realidad es menos obvia. Al iniciarse la parte "cultural" del programa, la parada militar da sitio a un rompan filas discreto para escuchar canciones y poemas. Cae la tarde. Un muro de madera vieja y una puerta enmarcan a cuatro milicianos en el escalón, con sus carabinas para arriba, cómodamente sentados. Parece una foto al natural del Archivo de Casasola. Los niños chicos juegan a nivel del suelo; unos amás grandecitos juegan barajas muy serios en una banca.

Heriberto y Emiliano, con pasamontañas, cantan acompañados por el grupo. Emiliano sostiene con la mano izquierda el cañón de su rifle y con la derecha una lámpara de bolsillo mientras Heriberto sostiene la letra y el micrófono.

Cae la noche y niños encapuchados salen a repartirle agua a los milicianos sentados en el camino: "compa, ¿agua?", en voz baja. No había un solo miliciano que no tuviera sed.

Rotas las filas, los anfitriones comparten con el pueblo y los invitados carne de res en caldo y tortillas. Por momentos la bomba de gasolina flaquea y el alumbrado eléctrico disminuye. Después de poesías que mencionaban mucho a Zapata y en algún momento a Marcos, la música en vivo cede sitio a la grabada. Un disco de 33 revoluciones por minuto suena bajo una aguja de estoperol corridos zapatistas que al rato se deslizan a cumbias. Al pie de una manta iluminada donde Zapata a caballo y un campesino con su machete miran al frente, las muchachas comienzan a bailar solas, entre ellas. Poco después se arriman los milicianos, la carabina en la espalda, y sacan a bailar a la escogida, que acepta o no con sus moños, arreglada, en delantal nuevo o recién lavado.

Los niños más pequeños caen derrotados por el sueño y duermen sobre rebozos al pie de un poste de luz, mientras la familia se divierte, en ese modo paradójico y lento de los indígenas. Los niños también bailan en parejas con la alegría interrada de estas fiestas y todos parecen estarse divirtiendo cuando de pronto se suspende la fiesta; por el sonido se dispersa

el pueblo y las milicias se concentran. Varios contingentes, incluso uno de mujeres, abandonan precipitadamente el poblado. Algún tipo de alerta los hecha a rodar. Los organizadores retiran rápidamente el estrado. Uno recuerda entonces que aquí hay un estado de guerra. Los galanteos del baile, aunque se daban en un ambiente de morir por la patria, no conseguían poner melancólicas a las parejas. Brusco final.

Al abandonar los territorios controlados por el EZLN, en el primer retén del Ejército Mexicano, los soldados llevan chalecos antibalas y se muestran alertas, nerviosos, según aceptan. Hay rumores en Ocosingo de que los zapatistas atacarán, mientras éstos dan a entender con frecuencia que temen un ataque del Ejército Mexicano. El conflicto chiapaneco tiene mecha, eso lo sabemos. Y alrededor hay chispas. Como saben los estibadores en los puertos, existen puntos que dicen "manéjese con cuidado." Chiapas es un paquete de esos.

HERMANN BELLINGHAUSEN ZINSER

Nació en el D.F. 1953, médico por la U.N.A.M. Hizo estudios de letras y música. Es profesor de ecología humana en la Facultad de Medicina de la misma Universidad. Colaborador de Solidaridad, Punto, Uno más uno, La Jornada y otras publicaciones. Editor de Nexos (1979), coautor del *Desafío mexicano* (Océano, 1982), *México en 500 libros* (1983) y *El obrero mexicano* (1984). Autor del volumen de poesía *La hora y el resto* (1981 y *Crónica de multitudes* (Océano 1987).

Huarapo

FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ

Afectuosamente para Miguel Martínez Rendón

¿Ves? Primero es huarapo.... después, cachaza, luego melado, después melcocha, por último piloncillo.

La voz de mi padre se oía entre el bufar de los émbolos.

Me llevaba de la mano recorriendo los departamentos del enorme trapiche. Su voz era insinuante. Se notaba a leguas su afán de enseñarme.

-Aquellos son los moldes. Allí están los peroles... esos hombres desnudos son los batidores... tienen la piel curtida, la cachaza hirviente no les levanta ampollas.

Y pasaban corriendo cerca de nosotros muchos hombres encuerados hasta medio cuerpo. Los calzoncillos de manta delgada se enrollaban hasta muy cerca de las ingles. Sus plantas desnudas, sudorosas, se estampaban sobre el piso negruzco.

-Allá está el molino.

Fuimos hasta allá

-Esta es la caldera. Sigamos la banda para que conozcas la muela. Te va a interesar.

Y seguimos la banda.

Mi padre hablaba; pero el ruido del molino opacó su voz. En adelante no pude escuchar lo que dijo.

Llegamos a la muela.

Medrosamente me apreté a sus piernas. Dos enormes cilindros giraban uno sobre el otro. Diez peones, con sus vientres protegidos por recios mandiles de cuero, alimentaban la gran máquina. Gruesos tercios de caña morada desaparecían entre los dos cilindros, produciendo ruidos que daban calosfrío. Parecían quejidos humanos.

Mi padre gesticulaba como queriendo comunicarme algo interesante. Yo entendí: quería que fijara mi atención en aquella enorme muela, en aquella máquina gigante a la que no sé qué de trágico le encontré desde el momento en que la vi. Hice con la cabeza un signo de asentimiento. Mi padre se tranquilizó.

Dimos una vuelta alrededor del estridente aparato.

Por un costado salía el bagazo completamente prensado.

Muchos hombres cargaban con él y lo llevaban a secar hasta los enormes patios soleados. Por el otro lado una cascada de líquido zarco, delgado, corría haciendo burbujas.

-¡Ese es el huarapo!-gritó mi padre a mi oído.

-¡Ah, el huarapo!- murmuré. Un peón escogió para mi la caña más tierna. Me obsequió con ella y sonrió tristemente cuando pasó su manaza torpe sobre mi cabeza. Después me tomó por el hombro y me condujo a un lejano rincón de la fábrica. Allí apenas llegaban los ruidos; pero la muela gigantesca y sus operarios se veían perfectamente.

Mi padre, recargado contra el muro descascarado, me dijo la cruel historia:

-Una mañana, cuando el trapiche empezaba a trabajar, Estanislao, el viejo mayordomo, paseaba vigilante muy cerca de la muela. El viento jugueteaba con las largas puntas de su jorongo pintado a colorines. En una de tantas vueltas el aire sopló más fuerte y las puntas del jorongo de Estanislao fueron cogidas por los cilindros. La polea giraba a toda tensión, el mayordomo trató en vano de quitarse el gabán; gritó pidiendo auxilio; algunos corrieron en su ayuda; pero la gran máquina se lo tragó con la facilidad con que se traga los tercios de caña morada.

Cuando los peones rodearon la muela, el huarapo se había convertido en sangre, y los bagazos salían revueltos con carne molida. Algunos piadosos recibían en botes de petróleo las entrañas machacadas. Pararon la máquina; pero el huarapo enrojecido ya había llegado al gran tanque de depósito.

El mecánico llevó la noticia al patrón. Llegó jadeante a su presencia.

-¡Señor, algo grave aconteció en la fábrica!

-¿Qué, otra flecha rota?

-No patrón, algo peor, una cosa horrible. . .

-¿Se reventó la banda?

-No, señor, Estanislao el mayordomo fue remolido por la muela.

-¡Ah!- respiró. Agachó de nuevo su cabeza para terminar el asiento que había empezado en el libro de deudores.

-¡Bueno, qué le vamos a hacer; Dios lo tenga en su gloria!

Pero tú te has quedado como bruto . . . ¡Qué esperas, vete . . . recojan los restos que salgan por la boca del bagazo . . . y que lo entierren!

-Pero patrón, la sangre ha llegado hasta el tanque de depósito, no ha sido posible detenerla, yo. . .

-¡Cómo! ¿Pero qué dices, animal? Que la sangre ha. . .¿Sabes que ese descuido me significa la pérdida de toda la molienda del día?

-¡Señor . . . !
-¡Nada, ordena que sigan trabajando! ¡Yo no puedo perder. . . Vamos!

Y vinieron ambos al trapiche.

Los peones permanecían aún alrededor de la muela.

Algunos sacaban con palas los despojos de Estanislao.

-¡Pobre Tanilo! -decían- ¡y deja familia!

-¡Bueno, muchachos, a trabajar . . . y sea por Dios! -dijo el amo al llegar.

Los peones aún con la terrible impresión pintada en el semblante, fueron cada uno a sus puestos.

-¡Vamos, echa la fuerza! gritó el propietario. Y la polea giró arrancando a los cilindros su chirriar escalofriante. Por el conducto del bagazo salieron los últimos pedazos de carne machacada.

Del canal del huarapo sólo salió sangre, que caía haciendo burbujas en el gran tanque de depósito.

-¡Metan caña, plebe... Yo no puedo perder! ¡Vamos!

Diez hombres, como ahora, alimentaron de nuevo la enorme muela, la caña morada salía convertida en bagazo y huarapo. El líquido zarco, espumoso, empujaba hasta el tanque el último cuajarón de sangre.

-¡Vamos, que no es posible perder veinte arrobas de piloncillo por una torpeza! ¡Que lleven luego esos botes a la casa de la viuda para que ella dé sepultura a su difunto...! ¡Pero pronto, pronto, no hay que gastar el tiempo como quiera...! ¡Vamos! Pero

La gran muela siguió tragando tercio tras tercio de caña; de vez en vez salía entre el bagazo algún guiñapo del gabán de colorines de Estanislao.

Al otro día fueron diez peones en comisión a ver al amo. Lo encontraron como siempre echado sobre el libro de caja. Vio por encima de los lentes a los comisionados; pero no les habló sino hasta que terminó su apunte.

-¡Qué hay! gritó secamente.

¡Tío Tanasio, hable usté! -dijo uno de los peones dirigiéndose al más viejo.

-No, mejor Florentino, es el más letrao -contestó el viejo. Florentino que había estado en el Norte y su prestigio de 'letrado' se fincaba sólidamente en el uso de pantalones de mezclilla y zapatos anchos, se adelantó, y tomando su sombrero por el ala lo hizo girar entre las manos para decir;

-Bueno... yo y la compañía hemos sido mandados por los demás para ver si usté le da algo a la viuda y a los chiquillos de Estanislao, la probe ha quedado muy atrasada y ...

-¡Oh, no sigas! -dijo el patrón haciendo un gran gesto de entendimiento- ya sé lo que quieren... una compensación. Eso lo aprendiste tú en el Norte, ¿no? Muy bien... ¡una compensación! La hacienda sabrá recompensar ampliamente a la familia de su peón que muere en el trabajo. ¡La viuda tiene derecho! ¡Tiene derecho!

Tosió, y mientras se rascaba la nuca dijo al empleado del escritorio.

-A ver Casillas, deme la nota de las moliendas.

El empleado le entregó un libro pringoso y de gran volumen. El patrón su sumió en un mar de sumas y restas.

Después dijo enseñando sus dientes negros por el tabaco.

-¡Ah, ja! Con que una compensación... Muy bien. Mire, Casillas, ordene que le entreguen a la viuda el importe de media arroba de piloncillo, precisamente del que salió ayer... En eso aumentó la molienda; fue por la sangre de Estanislao que pasó hasta el tanque del depósito... ¡Tiene derecho la viuda!... ¡Media arroba!, ¿eh? -Y dirigiéndose a los peones -muchachos: hoy les complazco porque quiero que esto les sirva de estímulo... ¡Tú, Florentino, desde mañana te quitas esos pantalones y esos zapatos; huarache y calzón blanco es lo que aquí debe usarse; no quiero que hombres vestidos como tú andas me vengan a inquietar la gente...¡Si no te parece puedes largarte otra vez al Norte, y allá si se te antoja, estira la pata para que te den compensación! ¡Ahora a trabajar todo el mundo que la muela siempre está hambrienta! ¡Vamos, vamos, no hay que perder el tiempo en cualquier cosa!

Y los peones salieron con la cabeza inclinada sobre el pecho, arrastrando penosamente sus huaraches sobre las baldosas del piso.

Los arrieros de tierra fría, al pasar por el jacal de Estanislao, obsequiaron a la viuda con un puñado de piloncillo. Ella lo recogió en un pañacate y lo colgó en el rincón de su casucha. Debajo ardió mucho tiempo una lámpara de aceite.

El cura vino a bendecir el trapiche. Roció la muela con agua bendita, con mucha agua bendita... pero no la suficiente para borrar las manchas que aún se ven cerca del canal del huarapo.

-¿Conque no se te ha olvidado la lección?... ¡Vamos a ver!

-No, no se me ha olvidado, papá... primero es huarapo, después cachaza, después... después...

Nota: Ver datos biográficos en la página 163.

A Nuevo León

JESÚS GARZA FLORES

Nuevo León, bella Sultana
iris de paz y de gloria,
astro de luz en la historia
de la Patria Mexicana:
levanta tu frente ufana
y mira si te recrea
la aurora que centellea,
la nueva generación,
recibir la comunión
en el altar de la idea.

Tú que has roto la muralla
del error, del retroceso;
que en tu rápido progreso
no encuentras dique ni valla;
que tus campos de batalla
en los que luchas y velas
son, el taller, las escuelas,
la sementera, el granito,
lo profundo, lo infinito...
Nuevo León, ¿adónde vuelas?

La guerra, sueño profundo,
hoy duerme en los patrios lares:
¡bastó la gloria de un Juárez,
para escarmiento del mundo!
La paz, ese Dios fecundo
en dones para la tierra,
ató a tus plantas la guerra
y hoy es la guerra tan sólo,
llegar de la ciencia al polo
tras de los bienes que encierra.

Y en ese viaje sin nombre
hoy van unidas y ufanas
dos paralelas humanas:
¡oh, sí!, la mujer y el hombre.
Nada temáis, no os asombre:
que el estudio y la vigilia
bien la mujer los concilia
con la virtud y el decoro...
y tendrá un cimiento de oro
el templo de la familia.

La mujer y el hombre vienen
al mundo de igual manera:
un mismo fin les espera
y un mismo principio tienen.
Las teorías que sostienen,
que aún viva en la sociedad
la odiosa desigualdad
entre el hombre y la mujer,
no tienen razón de ser:
las repulsa la verdad.

Naturaleza sus dones
dio a uno y otra iguales:
inteligencia, ideales,
deseos y aspiraciones.
¿Por qué razón o razones
de absurdo filosofismo
no deben saber lo mismo,
nutriendo su inteligencia,
en las artes y la ciencia?
¿Por miedo?, ¿por egoísmo?

¡Oh, tú, Nuevo León: no aplaces
tu poder y tu grandeza;
ya vez que lo grande empieza
por construir sólidas bases.
Difunde la luz, cual lo haces,
de la instrucción: es preciso;
contemplarás de improviso
al hombre, sabio profundo,
a la mujer, Dios del mundo
y al hogar en paraíso.

¡Que brilles siempre en la historia
de nuestros patrios anhelos!
¡La gloria alumbre tus cielos
en tu lucha por la gloria!
Yo, al evocar tu memoria,
tu hidalguía, tu entereza...
me inclino ante tu grandeza,
al ver con qué majestad
el Sol de la Libertad
ilumina en tu cabeza!

JESÚS GARZA FLORES
(1859-1921) Nació en Salinas Victoria, Nuevo León. Fue un auténtico poeta de juventud y como miembro del grupo de Enrique Gorostieta contribuyó al desarrollo de la literatura local en la década 1875-1885.

En el momento de su formación literaria se halló con el principio de las nuevas tendencias poéticas y el final de los romances de la Guerra de Reforma. No reunió su obra en libro, aunque colaboró profusamente en *Flores y frutos* y la revista, El jazmín y el Horario.

La mujer

JUAN BOSCH

La carretera está muerta. Nadie ni nada la resucitará. Larga, infinitamente larga, ni en la piel gris se le ve vida. El sol la mató; el sol de acero, de tan candente al rojo -un rojo que se hizo blanco. Tornóse luego transparente el acero blanco, y sigue ahí sobre el lomo de la carretera.

Debe hacer muchos siglos de su muerte. La desenterraron hombres con picos y palas. Cantaban y picaban; algunos había, sin embargo, que ni cantaban ni picaban. Fue muy largo todo aquello. Se veía que venían de muy lejos; sudaban, hedían. De tarde el acero blanco se volvía rojo; entonces en los ojos de los hombres que desenterraban la carretera se agitaba una hoguera pequeñita, detrás de las pupilas.

La muerte atravesaba sabanas y lomas y los vientos traían polvo sobre ella. Después aquel polvo murió también y se posó en la piel gris.

A los lados hay arbustos espinosos. muchas veces la vista se enferma de tanta amplitud. pero las planicies están peladas, Pajonales, a distancia. Tal vez aves rapaces coronen cactos. Y los cactos están allá, más lejos, embutidos en el acero blanco.

También hay bohíos, casi todos bajos y hechos con barro. Algunos están pintados de blanco y no se ven bajo el sol. Sólo se destaca el techo grueso, seco, ansioso de quemarse día a día. Las canas dieron esas techumbres por las que nunca rueda agua.

La carretera muerta, totalmente muerta, está ahí, desenterrada, gris. La mujer se veía, primero como un punto negro, después como una piedra que hubieran dejado sobre la momia larga. Estaba allí, tirada, sin que la brisa le moviera los harapos. No la quemaba el sol; tan sólo sentía dolor por los gritos del niño. El niño era de bronce, pequeñin, con los ojos llenos de luz, y se agarraba a la madre tratando de tirar de ella con sus manecitas. Pronto iba la carretera a quemar el cuerpecito, las rodillas por lo menos, de aquella criatura desnuda y gritona.

La cada estaba allí cerca, pero no podía verse.

A medida que se avanzaba, crecía aquello que parecía una piedra tirada en medo de la gran carretera muerta. Crecía, y Quico se dijo: "Un becerro, sin duda, estropeado por auto."

Tendió la vista: la planicie, la sabana. Una colina lejana, con pajonales, como si fuera esa colina sólo un montoncito de arena apilada por los vientos. El cauce de un río; las fauces secas de la tierra que tuvo agua mil años antes de hoy. Se resquebrajaba la planicie dorada bajo el pesado acero transparente. Los cactos, los cactos, coronados de aves rapaces.

Más cerca ya, Quico vio que era persona, Oyó distintamente los gritos del niño.

El marido la había pegado. Por la única habitación del bohío, caliente como horno, la persiguió, tirándola de los cabellos y machacando a puñetazos su cabeza.

-¡Hija de mala madre! ¡Hija de mala madre! ¡Te voy a matar como una perra, desvergonsá!

¡Pero si nadie pasó, Chepe; nadie pasó! -quería ella explicar.

-¿Qué no? ¡Ahora verá!

Y volvía a golpearla.

El niño se agarraba a las piernas de su papá. El veía la mujer sangrando por la nariz. La sangre no le daba miedo, no, solamente deseos de llorar, de gritar mucho. De seguro mamá moriría si seguía sangrando.

Todo fue porque la mujer no vendió la leche de cabra, como él se lo mandara; al volver de las lomas, cuatro días después, no halló el dinero. Ella contó que se había cortado la leche; la verdad es que la bebió. Prefirió no tener unas monedas más a que la criaturita sufriera hambre tanto tiempo.

Le dijo después que se marchara con su hijo:

-¡Te mataré si vuelves a esta casa!

La mujer estaba tirada en el piso de tierra; sangraba mucho y nada oía. Chepe, frenético, la arrastró hasta la carretera. Y se quedó allí, como muerta, sobre el lomo de la gran momia.

Quico tenía agua para dos días más de camino, pero casi toda la gastó en rociar la frente de la mujer. La llevó hasta el bohío, dándole el brazo, y pensó en romper su camisa listada para limpiarla de sangre. Chepe entró por el patio.

¡Te dije que no quería verte más aquí, condená!

Parece que no había visto al extraño. Aquel acero blanco, transparente, le había vuelto fiera, de seguro. El pelo era estopa y las córneas estaban rojas.

Quico le llamó la atención, pero él, medio loco, amenazó de nuevo a su víctima. Iba a pegarla ya.

Entonces fue cuando se entabló la lucha entre los dos hombres.

El niño pequeñín, pequeñín, comenzó a gritar otra vez; ahora se envolvía en la falda de su mamá.

La lucha era como una canción silenciosa. No decían palabra. Sólo se oían los gritos del muchacho y las pisadas violentas.

La mujer vio cómo Quico ahogaba a Chepe: tenía los dedos engarfiados en el pescuezo de su marido. Este comenzó por cerrar los ojos; abría la boca y le subía la sangre al rostro.

Ella no supo qué sucedió; pero cerca, junto a la puerta, estaba la piedra; una piedra como lava, rugosa, casi negra, pesada. Sintió que le nacía una fuerza brutal. La alzó. Sonó seco el golpe. Quico, primero soltó el pescuezo del otro, luego dobló las rodillas, después abrió los brazos con amplitud y cayó de espaldas, sin quejarse, sin hacer un esfuerzo.

La tierra del piso absorbía aquella sangre tan roja. tanabundante. Chepe veía la luz brillar en ella.

La mujer tenía las manos crispadas sobre la cara, todo el pelo suelto y los ojos pugnando por saltar. Corrió. Sentía flojedad en las coyunturas. Quería ver si alguien venía; pero sobre la gran carretera muerta, totalmente muerta, sólo estaba el sol que la mató. Allá, al final de la planicie, la colina de arenas que amontonaron los vientos. Y cactos, embutidos en el acero.

JUAN BOSCH
(Dominicano, 1909). Refugiado político por 25 años. Vivió mucho tiempo en Cuba. Jefe del Partido Revolucionario Dominicano. Volvió a su patria en 1961, fue elegido presidente en 1963 y pocos meses después fue derrocado. Su obra se resume a: Una biografía de Hostos, una novela, *La Mañosa* (1963), varios tomos de cuentos publicados entre 1933 y 1964. Entre sus obras político-históricas se destacan, *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana* (1965), *Pentagonism a Substitute for Imperiaslism* (1968), *Composición social dominicana, historia e interpretación* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* (1970).

1020124100